

—¿Pero si huye de nosotras la alegría?

—Has dicho muy bien que la felicidad no está en el mundo; mas la encontraremos en el cielo, donde las almas nobles pueden amarse sin trabas de ninguna especie; adios.

—¡Su bendicion!.... no se marche V. sin bendecir mi frente, dijo la jóven inclinando con humildad la cabeza.

—Sé siempre buena, hija mia; sé siempre fiel y ama mucho á tu señora, ayudándola á soportar su martirio.

—Pero ámela V. tambien y no la abandone, exclamó Lindora con una mirada de súplica.

El misionero, como si no hubiera oido estas palabras, cerró los ojos, movió la cabeza en actitud de arrojar de su mente una idea tentadora, y poniendo su temblorosa diestra en la cabeza de la jóven, dijo con voz conmovida:

—¡Yo te bendigo en el nombre de Dios!....

Luego, volviendo la cabeza porque no se conociera su emocion, salió rápidamente de la estancia, y abandonando el palacio, vagó por las calles largo rato esperando que las auras de la noche refrescasen algun tanto su cabeza, enardecida por la fiebre.



CAPITULO XVII.

**Explicaciones.**

El doctor y Guillermina bajaron al jardín. La noche estaba deliciosa, y en aquel magnífico pensil, donde las flores trasmitían con los céfiros sus aromas, impregnando la atmósfera de ricos perfumes, era mas encantadora todavía, mas espiritual, mas poética.

En las pasiones del alma influye mucho la naturaleza y la poesía; por eso al atravesar el invernadero, el corazón del doctor, tan egoísta y tan frío casi siempre, se sintió dulcemente conmovido bajo la suave presión del torneado brazo de Guillermina.

Es verdad que la jóven estaba muy bella. Y por apéndice, enamorada del conde y resentida con el doctor; gracioso enojo que quiso manifestar, reflejando en su rostro con una expresión de picaresco enfado, que la hacía mas interesante.

Guardaron silencio por unos instantes; ambos meditaban el medio de promover una explicación.

—¡Qué hermoso es este jardín! exclamó Guillermina; aquí hay magnificencias de primer orden, y como en todo el resto del palacio, se nota una suntuosidad régia.

—Ciertamente, Alejandrina se ha rodeado de todo cuanto bello y rico puede ofrecer la naturaleza.

—Y sin embargo, no halla la felicidad en esta mansion de delicias, cuando se propone dejar nuestro pais, abandonando tantas preciosidades, que si no constituyen su dicha, pudieran contribuir á ella. Yo siento infinito esa resolucion y me ha de costar muchas lágrimas su partida.

—Lo creo; para V. es una hermana querida que perdió en la infancia y que ha vuelto á encontrar en la juventud, cuando mas necesitaba del consuelo de su cariño.

—Muy grato me ha sido, amigo doctor, hallarla despues de tantos años, en que pudiera haber cambiado, siempre tan leal, tan generosa y tan buena. Mi corazon, cansado ya de sufrir, necesitaba un alma expansiva y franca, que, amándome verdaderamente, me ayudase á soportar las amarguras de mi estraño y cruel destino. Empero, como las horas felices son tan breves, vea V. qué poco me dura. ¡Triste fatalidad la de mi vida!

Guillermina pronunció estas palabras con un acento de tan profunda melancolía, que resonó en el corazon del doctor como un reproche de su conducta para con ella, sintiendo acaso por la primera en su conciencia el dardo de un agudo remordimiento.

—¡En verdad que ha sido V. muy desgraciada!.... pero ¡quién sabe! ¡acaso el iris de la felicidad la sonria muy pronto! exclamó el doctor queriendo dar á su voz un tono dulcísimo y melodioso.

—¿Usted juzga cercano el dia de mi ventura?

—Sí, señora: como todo tiene término en esta vida, V. ha sido ya bastante tiempo desgraciada, y ahora debe disfrutar una dicha interminable.

—Así lo espero yo tambien, por mas que haya visto desvanecerse un instante la ilusion de mi alma, que un malévolo deseo pretendia oscurecer, hasta conseguir arrancarla de raiz; y léjos de esto,

ha querido el ángel de los enamorados que resplandezca la verdad, apareciendo triunfante el amor.

—Y bien, ¿qué quiere V. decir, señora? ¿sus palabras tienen una doble intencion? preguntó el doctor algo confuso.

—No por cierto; mi objeto es manifestar á V., como á uno de mis mejores amigos, que al fin, y á pesar de malas inteligencias, el corazon del conde y el mio han llegado á comprenderse.

—Conque ¿se aman Vds., habiéndose restablecido entre ambos tan buena armonía?

—Sí, señor, nos amamos, nos comprendemos, y para el complemento de nuestra dicha, solo falta un documento.

—Una partida de defuncion, ¿no es cierto?

—Justamente; necesito para llevar á cabo la nueva alianza, la seguridad de la muerte de mi primer esposo.

—¿Y no ha pensado V. alguna vez que ese esposo pudiera presentarse reclamando sus derechos?

Guillermina se estremeció de piés á cabeza; el tono del doctor, su voz y aquellas palabras la horrorizaron.

—¡No es posible! exclamó. Si Lúcas de Mendoza vive y en tantos años no ha pensado en su esposa ni en su hijo, es un infame, y en tal caso, no merece mi amor; sino mi desprecio.

—Debo recordar á V. que no se esplicaba V. así el primer dia que tuve el gusto de verla en su quinta de la Retama.

—Es verdad; entonces aun conservaba de él un dulce recuerdo; despues su memoria, que á fuerza de amarle habia poetizado en mi corazon, se ha ido borrando para caer en un olvido profundo.

—No es estraño se desterrase su recuerdo para dar lugar á otro sentimiento que embarga todos sus sentidos....

—Y que llena completamente mi corazon, conmoviendo todas las fibras de mi alma, exclamó la jóven interrumpiéndole con creciente exaltacion.

—Sea en buen hora, contestó el doctor fingiendo una impasibilidad que estaba muy léjos de sentir.

—Páreceme que lo siente V. y que aboga demasiado por mi marido....

—Dispense V. mis rarezas; y si vé que la contrario, no es por un mal deseo; es por conocer toda la fuerza de ese amor, por probar el temple de su alma.

—¿Entonces es un estudio que hace V. de mi corazón?

—Sí, señora: un estudio de las pasiones humanas; no atribuya V. á otra causa mi modo de proceder, que seguramente encontrará muy extraño.

—Mil gracias por la franqueza; me ha hecho V. sufrir mucho, y habia llegado á mirarle como á un enemigo, se lo confieso.

—En este caso, celebro haber promovido una esplicacion que, desvaneciendo un error, volverá á conquistarme su aprecio.

—Desde luego puede V. contar con mi amistad.

—Gracias, no esperaba menos de su generosidad; ahora pues, con la franqueza de amigos, confieme V. sus proyectos, verá V. cómo, léjos de ser un enemigo, encuentra en mí un buen aliado.

—En tal concepto, corresponderé á su deseo manifestándole cómo en breve seré la esposa del conde.

—¡Su esposa!.... exclamó el doctor.

—Sí, amigo mio; esto es ya una necesidad imperiosa para mi alma y para la del conde; nos es imposible vivir así, y moriremos si no conseguimos realizar nuestra union; afortunadamente, el único obstáculo que se opone, nos ha ofrecido vencerle Alejandrina.

—¿Cómo esa partida de defuncion podrá ella entregársela!

—Así nos lo ha prometido.

El doctor se quedó unos instantes pensativo; sin duda alguna que en su interior pensaba de esta manera:

—Ella me arrancó la partida porque yo no la entregase, evitando de este modo que se casáran y conservando la posibilidad de que yo me descubriera; si ahora piensa de otro modo, ¿en qué consistirá? ¡Oh! ¡quién sabe si, compadecida de mi eterno amor, querrá poner fin á este prolongado martirio, y nos marcharemos otra vez al Brasil para ser allí felices! Verdaderamente que su conducta es bien extraña, la espío á todas horas y no descubro en su corazón el menor asomo de amor hácia nadie, y sin embargo, no ha manifestado nunca amarme!

Estas reflexiones, que pasaron con la rapidez del relámpago por la mente del doctor, fueron la norma de su conducta, sufrió una transformacion completa en sus ideas, y animado de una esperanza que convertia en realidad la ilusion de tantos años, se propuso hacer, que Guillermina fuese feliz con el conde, siéndolo tambien él con Alejandrina.

Por lo tanto, se apresuró á replicar:

—Pues si lo ha prometido, lo cumplirá, y no debe V. dejarla un momento hasta que lo consiga, porque esa partida de defuncion la conserva Alejandrina desde hace muchos años.

—¿De veras? ¿está V. seguro de que la tiene?

—Y tan seguro como que yo mismo fui el encargado de recogerla antes de venirnos allá en el Brasil, en la ciudad de San Pablo, donde falleció Lúcas de Mendoza.

—¿Conque Alejandrina lo sabe, conoce la historia, el triste fin de mi pobre esposo, y no me lo ha dicho?

—Acaso para ello tenga sus razones particulares; no la juzgue V. nunca mal, porque es la criatura mas noble y mas generosa que se conoce.

—¡Ah! léjos de mi pensamiento ninguna idea malévola; respetaré sus secretos, concretándome á rogarla que me los revele cuando la parezca conveniente.

—Es lo mejor; conténtese V. con recoger esa partida de defuncion, que es la llave de su felicidad, y una vez adquirida, no piense mas en las caprichosas combinaciones de la vida, que á veces son bien raras por cierto.

—¿Podré contar con el apoyo de V.?

—Desde luego; quiero reparar el mal que la he causado: vamos ahora mismo á pedírsela.

—Eso es, á V. no se la negará.

—De ningun modo.

—¡Oh! mil gracias, amigo mio; me hace V. feliz!

—Le debía esta compensacion, y se la ofrezco.

—Ahora, en vista de su generosidad, no puedo perdonarme el haber pensado mal de V. creyéndole un falso amigo.

—Cualquiera hubiera hecho lo propio en su lugar; porque las apariencias me condenaban; mas dejemos esto y vamos á ver á Alejandrina.

—Aquí estoy, contestó Alejandrina, que llegaba y oyó por casualidad las últimas palabras.

—Ibamos á buscarte, querida mia, dijo Guillermina separándose un poco para que pudiera sentarse á su lado en el banco de piedra que antes ocupaban los dos.

El doctor continuó de pié enfrente de ellas.

—¿Si? ¿habeis realizado algun proyecto y me le ibais á comunicar?

—No por cierto; nuestro objeto era pedirte un favor.

—Veamos cuál.

—Me ha dicho el doctor que conservas desde hace muchos años la partida de defuncion de mi pobre esposo, y si no lo tomas á mal, te suplicaria me la concedieses, no solamente porque con ella podré adquirir la certidumbre de mi libertad, sino por honrar su memoria con los sufragios que la Iglesia dispone en tales casos, y por vestir el negro vestido que atestigüe mi viudez. Hasta hoy no lo hice por ignorar su muerte; segura ya de esta desgracia, lo haré dilatando un año mi boda con el conde; sacrificio que me impongo en obsequio suyo y cumpliendo así tambien un deber de conciencia.

—¡Qué buena eres!.... ¡y cuánto mereces esa felicidad que vas á dilatar un año! exclamó Alejandrina estrechando contra su pecho la cabeza de su amiga.

El doctor sintió una pasajera conmocion al escuchar estas palabras y los ahogados sollozos de su pobre esposa, que le lloraba muerto, estando sin embargo á su lado.

Guillermina, despues que hubo vertido un raudal de lágrimas, alzó la cabeza.

El doctor exclamó:

—Señora condesa, he confesado á esta señora que yo mismo fui á la ciudad de San Pablo á recoger ese documento que existe en poder de V.; ignoro los motivos que V. pueda tener para entregár-

sele ó no; así pues, la ruego me perdone si he faltado descubriendo este secreto que, segun mi parecer, debia hacer tan feliz á nuestra amiga.

—Esa revelacion no ha debido salir de sus labios, contestó Alejandrina; otra es la conducta que V. debiera seguir; mas ya que lo ha hecho, y puesto que V. desea la union de esta señora con el conde, sea en buen hora: mañana temprano le llevará V. ese documento.

El doctor se quedó un tanto confuso al sentir el acento severo de la jóven, que le recordaba su conducta y su cruel modo de proceder.

—¿Y por qué no dársele ahora mismo? se atrevió á decir.

—Diré á V. la razon que me asiste, ó mas bien, el capricho: pues, como V. sabe, acostumbro á obrar siguiendo siempre los impulsos de mi corazon, sin pararme á reflexionar si lo que hago está bien ó mal hecho.

—Para nosotros serán leyes sus caprichos, igualmente que sus razones, contestó el doctor inclinándose.

—En este caso, debo decir á V., que ante todo, Guillermina no puede detenerse aquí ni un momento, ni aun el tiempo preciso para buscar ese papel, que debo tener confundido entre otros muchos, y además de esto, quisiera que mañana se le llevase V. mismo, estando presentes para recibirle el conde, Guillermina y su jóven hijo Lúcas de Mendoza, que ha llegado esta noche á Madrid.

—¿Mi hijo? ¿ha venido ya? exclamó la jóven siguiendo el natural instinto de su corazon.

—Acaba de llegar; esta es la necesidad que te llama á tu casa, contestó la condesa.

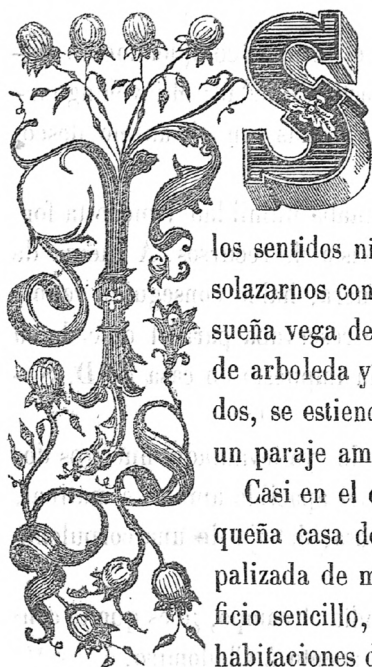
—Vuelo á su lado; ¡tengo tantos deseos de abrazarle!.... adios, querida mia, te agradezco esta noticia, que me llena de júbilo; adios, doctor; aguardo á V. mañana á las doce con el documento, conforme con los deseos de Alejandrina, estarán presentes mi hijo y el conde; adios.

Sin detenerse mas, echó á correr como una loca, pensando en las caricias que la prodigaria su querido Lúcas.

Su amor de madre la prestaba alas. ¡Oh, hermoso y celestial amor, cuán grande eres!!!

CAPITULO XVIII.

Proyectos de boda.



SALGAMOS de Madrid, amigos lectores; abandonemos siquiera por un momento el discordante ruido, la horrible confusion de esta babilonia que no deja descanso á

los sentidos ni tranquilidad al corazón. Vamos á solazarnos con la poética perspectiva de una risueña vega del Jarama, que cubierta de verdura, de arboleda y de ricos plantíos de olivos y viñedos, se extiende á corta distancia de la corte en un paraje ameno y solitario.

Casi en el centro de esta vega se alza una pequeña casa de campo, rodea su límite una empalizada de madera, alzándose en medio un edificio sencillo, que consiste en un solo piso, con habitaciones desproporcionadas, sin orden ni elegancia, con grandes ventanas á la huerta, y en la parte de atrás, la casa de labor, graneros, corralizas y apriscos para encerrar ganado.

No léjos de este sitio recreativo, se extiende, situada sobre una

colina, la villa de Cienpozuelos, distinguiéndose perfectamente desde las ventanas de la quinta sus edificios mas principales.

Aquí fué donde se retiró doña Irene con su hija y con el imberbe D. Clodomiro, á quien esperaban atraer á las redes del matrimonio. Desde luego se comprende que la astuta vieja ignoraba de todo punto la situacion en que se hallaba la familia de Blancarosa; á saberlo, hubiera sin miramientos de ninguna clase, puesto ella misma en la calle al marquesito; empero, halagábanla su posicion, su título, y anhelando que su cándida Atilana figurase en la aristocrácia, no vaciló en procurar por cuantos medios estuvieron á su alcance, en llevar á debido término aquel enlace que consolidaba sus esperanzas.

Clodomiro comprendió la intencion, y como su idea no era la misma, se resistió al principio, no con una negativa, sino aplazándolo para mas adelante.

Ya llevaban tres ó cuatro dias en el campo, completamente aislados, disfrutando de la apacible y poética soledad; el jóven aguardando con ansia noticias de Madrid, y ellas con el mismo deseo, si bien mas moderado.

Doña Irene, á pesar de que aparentaba humildad y modesta fortuna, no estaba sin embargo desprovista de recursos. A fuerza de economías en la casa y de intrigas fuera, habia conseguido reunir un capitalito de diez mil duros, que reservaba para el dote de su hija, y que para mas seguridad tenia impuesto en casa de D. Severo Pintarroja.

Serian las ocho de la mañana cuando, ya levantados nuestros dos jóvenes amantes, fueron á disfrutar del apacible ambiente matinal, sentándose á poca distancia de la casa, debajo de una corpulenta encina.

—¿Estás sério? parece que te fastidia el campo, ¿ó es que te cansa mi amor? decia Atilana con dulce acento á Clodomiro.

—Al contrario, soy muy feliz á tu lado y encuentro sumamente agradable esta hermosa vega; pero tengo inquietud, porque no sé una palabra de mi familia desde que nos vinimos.

—Es muy natural ese disgusto; y pudieras haber escrito á tus amigos para que te comunicasen noticias tuyas.

—Ninguno sabe mi paradero, ni quiero descubrirsele.

—Tampoco á nosotras nos escriben de Madrid; como que el viaje fué tan repentino, ni aun tiempo tuvimos para despedirnos de nadie.

—Parece imposible que á cinco leguas de la corte estemos completamente incomunicados con ella.

—Pues á mí no me pesa; me es sumamente grato vivir aquí, y desde luego pasaria en esta soledad toda mi vida estando á tu lado.

—Ciertamente: para los enamorados se pasan las horas muy rápidas, siempre contemplando el mismo cuadro de agreste poesía, que armoniza con el estado de su corazón, exclamó Clodomiro con irónico acento, demostrando á otra persona menos inocente que Atilana, la contradicción en que estaban sus palabras con su modo de pensar.

En efecto: acostumbrado el jóven á vivir embriagado hasta la saciedad en toda clase de placeres, érale ya cansada y fastidiosa la monotonía del campo, y buscaba con afán un pretexto cualquiera para alejarse.

Doña Irene asomó la cabeza por la ventana de su cuarto, y viendo á los dos jóvenes enfrente sentados debajo de la encina, exclamó:

—¡Hola, picarones! y cómo se madruga, allá voy, allá voy á que me deis parte de vuestros proyectos; cualquier cosa apostaria á que tratais de casaca, y es muy natural; ya se vé: ¡á no ser muchachos!....

La vieja se quitó de la ventana y despues de dar la última mano á su tocado, salió al campo, corriendo á reunirse con los jóvenes.

Doña Irene, como todas las viejas presumidas, aunque vivian en un desierto sin amigos ni visitas, no salia ningun día de su habitación sin teñirse las canas y las cejas y sin colocarse los mil adornos y ridículos postizos, que hacian mas estraña su estrambótica individualidad.

Es una costumbre muy comun en las personas ignorantes y vanidosas, figurándoseles que la compostura y el artificio doblan sus atractivos, cuando solo consiguen poner en evidencia su manifiesta debilidad.

—¡Ea, hijos míos! dijo la buena muger arrellanándose en la tierra cerca del sitio que junto al tronco de la encina ocupaba su hija: contadme de que tratabais. ¿Forjabais para el porvenir castillos en el aire?

—No, señora mamá; pensábamos en que es muy hermosa la soledad para las personas que se amen, dijo la jóven.

—Y en que viviríamos aquí largos años felices y satisfechos, añadió Clodomiro.

—¡Qué tontos!.... ¿vivir aquí? ¿quién piensa en eso?.... en cuanto os caseis, al extranjero á pasar la luna de miel, como hace la gente gorda; y ya que ha venido esta conversacion como llovida del cielo, hablaremos de este asunto; veamos, caballero, qué es lo que V. piensa; en los tiempos que corren, no puede una muchacha sostener relaciones largas sin esponerse á quedar para vestir imágenes; y ya se vé: mi Atilana, que es una señorita muy bien educada y con un buen dote, ha podido colocarse divinamente; pero ella ha puesto los ojos en V. y no hay que darle vueltas.

—Si no dieras tú tantas á tu lengua, vieja maldita, sería mejor, exclamó el jóven para sus adentros, haciendo como que se quedaba pensativo por no contestar á la exigencia de su futura suegra.

Empero no le valió la estratagema, porque volvió á insistir con mas empeño todavia diciendo:

—Nos ha hecho V. salir de nuestra casa, abandonar nuestros intereses y venirnos á este desierto con el objeto de ocultarse, y burlando la vigilancia de sus padres, cumplir á mi hija la palabra de casamiento que la tiene dada y á la que no falta ningun jóven honrado; así pues, señor marquesito, sáqueme V. de dudas, dígame lo que piensa para realizar yo á mi vez varios proyectos que tengo acá entre ceja y ceja. Responda, y no baje así la cabeza.

Clodomiro, no pudiendo eludir mas la contestacion, se apresuró

á decir con un movimiento de hombros que manifestaba la mas completa indiferencia:

—Señora mia: yo amo con todo mi corazon á su hija y la llevaria al altar hoy mismo si en mi mano estuviera; pero me es de todo punto imposible.

—¡Qué horror! ¡pues no se niega despues de habernos engañado! ¡Se habrá visto una infamia semejante! exclamó la vieja alzando desesperada las manos sobre su cabeza.

Atilana rompió á llorar, haciendo mas patético el cuadro, mientras que Clodomiro, cruzándose de brazos, se esforzaba en calmarlas con el gesto y con la accion, porque la carraca de doña Irene no le dejaba hablar, tantos disparates se la ocurrieron para manifestar su indignacion.

—Aquí tienes, decia, aquí tienes, hija desobediente, tus caprichitos, si estos marquesillos no tienen otra cosa que vanidad, pura vanidad; ¡bien me lo pensaba! este chasco nos está bien empleado; aquel señor duque ó príncipe italiano te habria convenido mas, al fin era un hombre formal, y no un mocoso que al fin y al cabo nos habia de salir con una chiquillada. Vamos, señor, no se puede soportar semejante picardía; la cólera me abrasa..... hija, dame agua..... que me ahogo, me dá el histérico y el ataque de nervios tambien, ¡ay!....

—¡Mamá! ¡mamá! ¡por Dios, tranquilícese V.! exclamaba la pobre Atilana; ves, Clodomiro, tanto como te quiero y nos vas á quitar la vida.

—Pero si tu madre no me ha dejado esplicarme; ¿ves cómo se ha puesto, sin razon? porque no me niego á casarme; antes es mi mayor deseo.

—¿Oye V., mamá? ¿oye V. como ha comprendido mal?

—¡Qué! ¿qué es eso? exclamó incorporándose ligeramente, pues en el exceso de su furor, cayó en los brazos de su hija.

—Déjeme V. hablar, señora; imponga silencio á su lengua si quiera por dos minutos, y la prometo esplicarme.

—Pues bien: callaré; vamos, habla, hable V., ni aun sé lo que me digo..... esta desazon me vá á costar una enfermedad.....

—Pero mamá ¡por Dios! ¿quiere V. callar? interrumpió Atilana, que veía la impaciencia de Clodomiro pintada en su rostro.

—Hija, si estoy callada; vamos, que hable.

—Si he dicho antes, que no podía casarme, es porque al escapar de mi casa, tuve la inadvertencia de salirme sin dinero, si bien es verdad que si mis padres llegan á saber que hago este casamiento, no me lo darán; pero yo lo buscaré, si lo encuentro, porque á los hijos de familia nadie quiere fiarles.

—¿Y no es mas que eso?... vaya, vaya; entonces todo está arreglado: mi Atilana tiene diez mil duros de dote, bastan y sobran para acudir por de pronto á vuestras necesidades, y luego ¡Dios dirá! Los gastos de la boda corren de mi cuenta. ¡Ea! venga un abrazo, hijo; ¡si tú siempre habias de ser un buen chico!...

Doña Irene, trocando su llanto en risa y su cólera en alegría, hizo mil estremos con el pobre Clodomiro, que murmuraba para sus adentros:

—Pues señor, estoy cogido de medio á medio, no sé por dónde escapar. ¡Oh! si encontrase una callejuela, tomo las de Villadiego y no me vuelven á echar la vista encima.

—Te agradezco esa franqueza; mira, yo te trato ya como si fueras mi hijo, no lo puedo remediar; soy tan llana, tan sin etiquetas, que no hay otra. Conque, aquí en paz y en gracia de Dios, vamos á tratar de la boda; dejadme arreglarlo todo y no tengais cuidado, que me pinto sola para estas cosas..... Así como así..... no hay en Madrid casamentera mas diestra que doña Irene; díganlo sino el conde de la Estopa, el marqués de Chuchurumeca, que se casaron con mi intervencion, y por cierto que son muy felices, como lo vais á ser vosotros.

—¿Y qué arreglo cabe en esto? lo primero hay que cuidar de hacer un matrimonio clandestino, que ni mis padres ni nadie puedan sospechar lo mas mínimo.

—Pues es claro; veremos de conseguir que uno de los curas de Cienpозuelos venga una noche y os despose aquí mismo, sin mas testigos que los precisos para el solemne acto; despues os marchais al estrangero á pasar la luna de miel; desde allá envais á tus pa-

dres la fé de casamiento, y mal que les pese, no tienen mas remedio que tragarla, y luego se les tiene bien preparados para que á vuestro regreso os reciban con los brazos abiertos.

—Está magníficamente pensado; apruebo vuestro plan en todas sus partes, dijo Clodomiro.

—Entonces, á ponerle en planta sin perder momento.

—Corriente; pero debo advertir á V. que yo no tengo aquí documento ninguno ni la fé de bautismo..... ¿qué hacemos en este caso?

—Muy sencillo: ir por ella, contestó doña Irene.

—¿Y quién vá?

—Tú mismo; semejante encargo no puede darse á ninguna persona, porque tiene que hacerse con discrecion, con sigilo y sin que nadie se entere de nada.

—Pues no me hace gracia, en verdad; siento alejarme de mi amada, de la hermosa flor de mis ilusiones, dijo con gazmoñería el jóven, viendo que se arreglaba el negocio segun su deseo.

—¡Lisonjero!.... exclamó la jóven bajando los ojos.

—¡Qué tonterías! es una separacion momentánea que ha de reuniros despues eternamente, añadió doña Irene.

—Pues si no hay otro remedio, admito; esta noche me marché á Madrid, recojo los documentos necesarios, practico las oportunas diligencias para nuestro matrimonio y estoy aquí lo antes que me sea posible, á recoger lleno de gozo el anhelado premio de mi amor.

Los tres manifestaban en el rostro su alegría: ellas porque creían asegurarle, y él porque al fin escapaba.



CAPITULO XIX.



La prision.



VAMOS á dar cuenta á nuestros amables lectores de lo ocurrido con el marqués y la marquesa, ó mejor diremos, á D. Alvaro Perez y á doña Cristina Guanter, puesto que su título tenia que pasar á la legítima heredera.

Por atender á otros, hace tiempo que tenemos olvidados á estos personajes, siendo ellos los mas importantes de la novela, porque significan una leccion moral, encaminada á demostrar que la riqueza adquirida por malos medios, no luce ni proporciona en la vejez una vida descansada, que es el término á que conducen todos los afanes humanos.

Don Alvaro, encerrado en su gabinete despues de volver del baile, pudo reflexionar á solas en la estraña combinacion de su contraria suerte, que le presentaba precisamente en la muger que amaba, á la misma inocente víctima que habian sacrificado quince años antes.

¡Oh! y aquella niña se ofrecia á su vista con un fausto régio, y protegida por un sér sobrenatural, por su misma madre, la condesa de Paraná, que la cubria con su sombra.

Era imposible intentar nada contra ella, sus esfuerzos se hubieran rechazado sin duda alguna contra ellos mismos. ¡Estaban perdidos!.... ¡perdidos sin remedio! ¿qué hacer en tan críticas circunstancias? ¿qué hacer?....

El pobre hombre se volvía loco.

Débil de carácter, habia siempre cedido á las instigaciones de su muger, que de precipicio en precipicio le fué arrastrando á la perdicion.

—¡Oh! ¡si al menos pudiera destruir una prueba que, existiendo, demostrára nuestra culpabilidad! exclamó despues de pasar muchas horas entregado á una lucha sorda y desesperada, ¡quién sabe! acaso esto nos salve; no hay que perder tiempo; voy antes que amanezca.....

Recogió todo el dinero y alhajas de mas precio, y animado el pobre D. Alvaro por una idea que juzgaba salvadora, se levantó rápidamente, se puso un gaban encima del frac, y salió, dirigiéndose con celeridad al cementerio, donde estaba el panteon de la familia de Blancarosa.

Iba cabizbajo, pálido, abatido. En pocas horas habia encanecido su cabello.

¿Qué se proponia el infeliz? una quimera: queria, sobornando al sepulturero, hacer que desapareciese del nicho aquella figura de cera que los vendia, siendo una prueba palpable de su delito.

Empero aquel camino ya le estaba cerrado; Alejandrina lo habia previsto de antemano, y, como saben nuestros lectores, tenia guardando el sepulcro, al sepulturero Nicodemus, á quien por su trabajo y fidelidad concedió una respetable pension.

Sigamos á D. Alvaro.

Embebido en su profunda reflexion, llegó al cementerio. Ya era de dia; el sol, apareciendo en las crestas de los montes, comenzaba á dorar con sus primeros rayos las copas de los funerarios cipreses que, cual mudos centinelas, se alzaban en la mansion de la muerte.

Nicodemus, agradecido á la generosidad de la condesa, y fiel á su consigna, estaba en su puesto paseando á lo largo de la galeria, la que no abandonaba un momento, llegando su celo al estremo de dormir al pié del panteon.

Don Alvaro entró en ella, vió á Nicodemus, y murmurando para sus adentros:

—Este será el sepulturero, se acercó á él.

—¿Qué querrá este pájaro madrugador? murmuró tambien para sí Nicodemus examinando al marqués.

La triste y melancólica mirada de éste último se fijaba con un frio estremecimiento en el sepulcro que pretendia profanar; reflexionaba en las consecuencias que pudiera tener este hecho y en las no menos funestas que para él resultarían si, delatado á la autoridad, se encargaba esta de abrir aquella tumba, buscando el cadáver que ni existia ni podia existir en ella.

De su razonamiento resultó la decision.

—¡Ea! ánimo, se dijo; perdido ya estoy, veamos pues de salvarnos destruyendo las pruebas.

Se acercó á Nicodemus, que le miraba con altanero y desconfiado gesto, y le dijo en el tono mas amable que pudo:

—Buenos dias, amigo; ¿es V. por ventura el encargado del cementerio?

—Sí, señor: soy sepulturero y conserje interino; ¿qué se le ofrece á V.?

—Quisiera pedirle un favor.

—Veamos; siempre que fuere una cosa razonable y compatible con el cargo que ejerzo, tendré mucho gusto en complacerle.

—Se trata de un capricho; desearia ver en el estado que se conserva un cadáver que se depositó en este cementerio hace quince años.

—¡Hum! ¡la empresa es difícil! contestó Nicodemus.

—Conociendo que es difícil, será bien recompensada.

—Ya lo creo; de otro modo no sería fácil conseguirlo; ¿pero V. no ha reflexionado que en quince años ese cadáver debe ya ser polvo?

—¡Quién sabe! quizá se conserve bien; esta duda es la que deseo aclarar, y como soy rico, inmensamente rico, que puedo con mis tesoros satisfacer toda clase de caprichos, me he decidido á venir, para que no vuelva esta pícara idea á quitarme el sueño otra noche.

—¡Ya! lo voy comprendiendo; y por cierto que es una cosa bien original.

—Conque, ¿se decide V.?

—Podiera ser que me ocurriera tambien á mí la idea de ganar unos cuantos doblones. Sírvase V. señalarme el sepulcro que se ha de abrir.

—Este; véale V., dijo D. Alvaro señalando al de Alejandrina.

—¡Hola! ¿acaso era parienta de V. la hija del marqués de Blancarosa?

—Eso no viene al caso; yo necesito sacar ese cadáver; satisfaga V. mi deseo y pídamelo cuanto quiera; pero no me haga preguntas, á las que no puedo contestar.

—Bien, señor; en este caso, respetaré su secreto; mas le prevengo que si V. no me dice su nombre, yo solo no puedo cargar con la responsabilidad de la horrible profanacion que vamos á cometer.

—¿De modo que se niega V. á complacerme?

—Redondamente.

Don Alvaro, que se veia un poco apurado, quedó un rato pensativo; su situacion era cruel.

Si declaraba su nombre y llegaba á saberse, era perdido, y si, renunciando al proyecto, la autoridad descubria la superchería de la figura de cera, se perdía tambien.

En tan fatal alternativa, optó por jugar el todo por el todo, y decidiéndose por completo, exclamó:

—Bien: no me importa que lo sepa V., siempre que me dé palabra de callarlo; prometiéndole pagar su silencio.

—Eso desde luego; si á mí no me descubren al quitar la losa, y el negocio se concluye con seguridad, nada tiene V. que temer.

—Entonces, quedamos convenidos; dime cuándo debo venir para traer el dinero.

—Esta misma noche entre doce y una; la hora es la mas apropiada para no tener testigos en este asilo de la eterna calma; empero, no se marche V. sin decirme su nombre; es lo esencial para que yo no desconfie y le aguarde sin temor.

—Tienes razon; pues bien, soy el marqués de Blancarosa.

—¿El actual marqués? ¿Sería V. quizá tio.....

—Justamente, de esa pobre niña cuyo cadáver deseo contemplar.

—Ahora no tengo inconveniente ninguno; su nombre me basta, váyase V. tranquilo y venga sin falta entre doce y una.

—No faltaré; adios.

—Vaya V. con Dios, y descuide.

Don Alvaro salió del cementerio, y en lugar de dirigirse á Madrid, se fué hácia el campo, ocultándose entre unos peñascos, resuelto á permanecer allí todo el dia, convencido de que si le veian en Madrid y se habia dado ya la órden de prenderle, le cogieran, quitándole de cumplir su propósito; y permaneciendo allí, llegaria la noche, sacaria la figura de cera, y convenciendo al sepulturero para que, abriendo otra losa, colocase en su lugar un esqueleto, estaba salvado, destruida la única prueba que le comprometia, porque el asesinato del marqués nadie lo vió y sería difícil probárselo; dando quizá lugar á un pleito con Alejandrina; pero nunca á un despojo completo de todos sus bienes.

Tales eran sus pensamientos; mas no contaba con la fidelidad del agradecido Nicodemus, que apenas quedó solo, escribió una carta al mayordomo de la condesa, contándole lo ocurrido con D. Alvaro para que se lo manifestára á la señora.

No se hizo esperar la contestacion. Dijéronle que cumpliera su promesa tranquilo, escondiendo al anochecer en el cementerio á varios agentes de la autoridad, que se presentarian á cumplir su deber en el momento oportuno.

A esta carta acompañaba una gruesa cantidad de dinero, que hacía rico para toda su vida al pobre Nicodemus, y se le relevaba del cargo desde el dia siguiente, es decir, desde el momento en que